

María Luisa Rivara de Tuesta – Perú

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

“Las refutaciones de Acosta (1540-1600) a los clásicos del pensamiento occidental”

El objeto fundamental de este trabajo es examinar las refutaciones que en su *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid, Ed. Atlas, 1954, formula Acosta a las Escrituras, los filósofos greco-romanos y medievales por sus negaciones imaginarias e inferencias erróneas acerca de la existencia del Nuevo Mundo. En esta ponencia presentaremos algunas de sus teorías y puntos de vista referidos a: el cielo, las antípodas, las limitaciones del conocimiento antiguo acerca del mundo y de sus habitantes, la Atlántida, las legendarias tierras de Tarsis y Ofir, la profecía de Abdías, los indios americanos y su pretendida procedencia del linaje de los judíos y, por último, algunos errores y supersticiones sobre posibles llegadas del hombre al Nuevo Mundo antes de la llegada de los españoles.

Las principales refutaciones de Acosta a los errores de los clásicos sobre el Nuevo Mundo están expuestas en el Libro Primero y en el Libro Segundo de la obra mencionada. En lo que sigue nos referiremos a algunas cuestiones de filosofía natural que, desde la experiencia americana de Acosta, rectificaron los conceptos científicos que circulaban en Europa. Para tal propósito seguiremos el orden y encadenamiento de las ideas de nuestro autor que – adelantamos– son las de un admirable maestro de dialéctica o lógica.

1. *CIELO*. En el Libro Primero, que trata *Del cielo, temperamento y habitación del Nuevo Mundo*, su primer planteamiento consiste en refutar a autores que negaron la existencia de hombres, tierra y hasta que el cielo, *ouranos*, se extendía a las Indias: “Estuvieron tan lejos los antiguos –dice Acosta– de pensar que hubiese gentes en este nuevo mundo, que muchos de ellos no quisieron creer que había tierra de esta parte; y lo que es más de maravillar, no faltó quien también negase haber acá este cielo que vemos” (*Ob. cit.*: 5). Acosta enfatiza, por lo contrario, que el cielo es redondo por todas partes y se mueve en torno de sí mismo.

Refuta la Escritura en cuanto ésta sostiene la no redondez del cielo y explica que esta opinión procede del prejuicio de estar de acuerdo con la divina Escritura. Así “De Procopio (1380-1439) refieren -aunque yo no lo he visto- que afirma sobre el libro del Génesis, que la opinión de Aristóteles acerca de la figura y movimiento circular del cielo, es contraria y repugnante a la divina Escritura” (*Loc. cit.*).

Para probar que el cielo no es redondo sino que es “como un plato cubre la haz de la tierra” (*Ibid.*: 7) quienes siguen el criterio de autoridad de San Agustín, sostienen que: “se extiende el cielo como piel, de donde infieren que no es redondo, sino llano en lo de arriba...” (*Ibid.*: 10-11).

Comenta que lo que le parece más de maravillar, es que: “siendo San Agustín tan aventajado en todas las ciencias naturales, y que en la Astrología y en la Física supo tanto; con todo eso se queda siempre dudoso, y sin determinarse en si el cielo rodea la tierra de todas partes, o no” (*Ibid.*: 5).

Acosta afirma que el cielo es redondo y no un plato ni un telón de fondo o “firmamento”, que es inamovible. Basándose en su experiencia en el Perú, y siguiendo a Aristóteles dice:

“Mas viniendo a nuestro propósito, no hay duda sino que lo que el Aristóteles y los demás peripatéticos, juntamente con los estoicos, sintieron, cuanto a ser el cielo todo de figura redonda, y moverse circularmente y en torno, es puntualmente tanta verdad, que la vemos con nuestros ojos los que vivimos en el Pirú; harto más manifiesta por la experiencia, de lo que nos pudiera ser por cualquier razón y demostración filosófica” (*Ibid.*: 6).

El conocimiento vulgar medieval consideraba la tierra como plana, que debajo de ella sólo había vano vacío y caos infinito, y esto se debía a una interpretación literal de las Escrituras y a la percepción humana, que efectivamente la ve como plana. Superando este criterio y reconocida experimentalmente la redondez de la tierra con el viaje a la región de las especies -que toparía con el ignorado continente americano- se anulan experimentalmente los criterios de la Escritura y de los intérpretes medievales, por eso preguntará Acosta: “¿Quién dirá que la nao Victoria, digna, cierto, de perpetua memoria, no ganó la victoria y triunfo de la redondez del mundo, y no menos de aquel tan vano vacío, y caos infinito que ponían los otros filósofos debajo de la tierra, pues dio vuelta al mundo, y rodeó la inmensidad del gran océano?...” (*Loc. cit.*).

Acosta, como renacentista, vuelve a los clásicos griegos y latinos que desde Pitágoras y sus discípulos sabían que la tierra era redonda, sobre este particular después de mencionar a Aristóteles afirma que:

“Digo más, que para confirmar esta verdad de que los mismos cielos son los que se mueven, y en ellos las estrellas andan en torno, podemos alegar con los ojos, pues vemos manifiestamente, que no sólo se mueven las estrellas, sino partes y regiones enteras del cielo; no hablo sólo de las partes lúcidas y resplandecientes, como en las que llaman vía láctea, que nuestro vulgar dice camino de Santiago, sino mucho más digo esto por otras partes oscuras y negras que hay en el cielo” (*Ibid.*: 7-8).

Y agrega, sobre algo extraño que ha advertido y mirado en el cielo de acá, en este otro hemisferio:

“Porque realmente vemos en él unas como manchas, que son muy notables, las cuales jamás me acuerdo haber echado de ver en el cielo cuando estaba en Europa, y acá, en este otro hemisferio, las he visto muy manifiestas. Son estas manchas de color y forma que la parte de la luna eclipsada, y parécensele (*sic*) en aquella negrura y sombrío. Andan pegadas a las mismas estrellas y siempre de un mismo tenor y tamaño, como con experiencia clarísima lo hemos advertido y mirado” (*Ibid.*: 8).

Esta última mención de Acosta tendría significado en la actualidad, pues cabe preguntarse si él se estaría refiriendo a los agujeros negros, tema de reciente divulgación.

Acosta con estas aseveraciones no sólo es un cosmógrafo que afirma el movimiento de la tierra y de los astros en el cielo, sino que lo explica a partir de la negación de la tierra como un ente plano y la afirmación del mundo como un ente redondo.

En suma el “firmamento” como aseguraban las Escrituras y los filósofos de la edad media no estaba “firme” sino que se movía y se movían todos los astros, y la tierra se movía entre ese conjunto celestial y esto queda aseverado por Acosta cuando dice: “Porque para saber que el cielo es todo redondo, y que ciñe y rodea por todas partes la tierra, y no poner duda en ello, basta mirar desde este hemisferio aquella parte y región del cielo, que da vuelta la tierra, la cual los antiguos jamás vieron” (*Ibid.*: 6).

En esta cita afirma, también, Acosta la existencia de los dos polos, correspondiendo el polo norte, ártico y septentrional a la visión europea, y el polo sur, antártico o austral, que pasada la línea equinoccial, corresponde al Nuevo Mundo, “Basta haber visto y notado ambos a dos polos, en que el cielo se revuelve como en sus quicios digo el polo ártico y septentrional, que ven los de Europa, y estotro antártico o austral –de que duda Agustino–, cuando, pasada la

línea equinoccial, trocamos el Norte con el Sur, acá en el Pirú” (*Loc. cit.*). Ambos polos añadirá tienen tierra y mar.

También se va a referir Acosta a las confrontaciones o preferencias entre el cielo español y el cielo peruano, con su habitual tono irónico y burlón, da esta respuesta:

“No está hecho poco, pues hemos salido con que acá tenemos cielo, y nos cobija como a los de Europa y Asia y Africa. Y de esta consideración nos aprovechamos a veces, cuando algunos o muchos de los que acá suspiran por España, y no saben hablar sino de su tierra, se maravillan y aun enojan con nosotros, pareciéndoles que estamos olvidados, y hacemos poco caso de nuestra común patria, a los cuales respondemos que por eso no nos fatiga el deseo de volver a España, porque hallamos que el cielo nos cae tan cerca por el Perú como por España” (*Ibid.*: 12).

Concluye que el intento que se ha propuesto es suficiente porque superando la falta de experiencia de los antiguos ahora sabe con certeza que hay, aparte del cielo, tierra y mares abrazados entre sí en el mundo: “bástanos hasta ahora saber de cierto que hay tierra de esta parte del sur, y que es tierra tan grande como toda la Europa y Asia, y aún Africa; y que a ambos polos del mundo se hallan mares y tierras abrazados entre sí, en lo cual los antiguos, como a quienes les faltaba experiencia, pudieron poner duda y hacer contradicción” (*Ibid.*: 13).

Un tema ligado al cielo lo constituye la posible existencia de las antípodas.

2. *LAS ANTÍPODAS*. Por antípodas se entiende lo diametralmente opuesto a otro lugar, y los habitantes de tal zona serían los antípodas, gente completamente diferente a la conocida.

Esta cuestión de las antípodas fue también muy discutida en los tiempos antiguos, encontradas nuevas tierras situadas en lugares opuestos a los conocidos, se hablará de América como lo desconocido, lo antitético, ¿eran también sus habitantes antípodas de los hombres conocidos? Sobre este interrogante responde Acosta:

“Pero ya que se sabe que hay tierra a la parte del sur o polo antártico, resta ver si hay en ella hombres que la habiten, que fue en tiempos pasados una cuestión muy reñida. Lactancio Firmiano (240-320 d.C.), y San Agustín hacen gran donaire de los que afirman haber antípodas, que quiere decir hombres que traen sus pies contrarios a los nuestros” (*Loc. cit.*).

Para Lactancio y Agustín esto es “cosa de burla” aunque darán razones y motivos distintos para negar las antípodas. Lactancio, expresa la opinión vulgar, que provenía de imaginar el cielo redondo, y Acosta la transcribe diciendo:

“...Lactancio vase con el vulgo, pareciéndole cosa de risa decir que el cielo está en torno por todas partes, y tierra está en medio, rodeada de él como una pelota; y así escribe en esta manera: ¿Qué camino lleva lo que algunos quieren decir, que hay antípodas, que ponen sus pisadas contrarias a las nuestras? ¿Por ventura hay hombre tan tonto que crea haber gentes que andan los pies arriba y la cabeza abajo? ¿y que las cosas que acá están asentadas, estén allá trastornadas colgando? ¿y que los árboles y los panes crecen allá abajo? ¿y que las lluvias y la nieve y el granizo suben a la tierra hacia arriba? y después de otras palabras añade Lactancio aquestas: El imaginar al cielo redondo fue causa de inventar estos hombres antípodas colgados del aire. Y así, no tengo más que decir de tales filósofos, sino que en errando una vez, porfían en sus disparates, defendiendo los unos con los otros. Hasta aquí son palabras de Lactancio” (*Ibid.*: 14).

Después de esta transcripción de Lactancio, Acosta va a negar toda argumentación disparatada sobre las antípodas, ya que desde su experiencia americana: “Más por más que él diga, nosotros que habitamos al presente en la parte del mundo, que responde en contrario de la Asia, y somos sus antíctonos, como los cosmógrafos hablan, ni nos vemos andar colgando, ni que andemos las cabezas abajo y los pies arriba” (*Loc. cit.*).

Sobre los términos que señalaron al mundo los antiguos, dice Acosta, que fue tradición generalizada “por los libros de los poetas, y de los historiadores, y de los cosmógrafos antiguos, el fin y términos de la tierra se ponen en Cádiz, la de nuestra España; allí fabrican las columnas de Hércules, allí encierran los términos del imperio romano, allí pintan los fines del mundo.” (*Ibid.*: 16)

Igualmente la Escritura llama: “todo el mundo a la mayor parte del mundo, que hasta entonces estaba descubierta y conocido. Ni el otro mar de la India, ni este otro de la occidental, entendieron los antiguos que se pudiese navegar, y en esto concordaron generalmente.” (*Loc. cit.*)

Concluye Acosta que: “Plinio, como cosa llana y cierta, escribe: Los mares que atajan la tierra nos quitan de la tierra habitable la mitad por medio, porque ni de acá se puede pasar allá,

ni de allá venir acá. Esto mismo sintieron Tulio y Macrobio, y Pomponio Mela, y finalmente fue el común parecer de los escritores antiguos.” (*Loc. cit.*)

Acosta resumiendo lo dicho expresa: “queda que los antiguos o no creyeron haber hombres pasado el trópico de Cancro, como San Agustín y Lactancio sintieron, o que si había hombres, a lo menos no habitaban entre los trópicos, como lo afirman Aristóteles y Plinio, y antes que ellos, Parménides filósofo. Ser de otra suerte lo uno y lo otro, ya está asaz averiguado” (*Ibid.*: 19) –en nuestro siglo–.

Pasa Acosta a referirse a los filósofos que negaron la existencia del Nuevo Mundo y explica, los múltiples motivos por los que fueron engañados.

3. *SOBRE EL CONOCIMIENTO ANTIGUO DEL NUEVO MUNDO Y DE SUS HABITANTES.*

Acosta al referirse a distintas fuentes clásicas que se pretenden utilizar como probatorias de que existía un conocimiento antiguo de las nuevas tierras sostiene que son datos, informaciones o referencias que pretenden “menoscabar... y obscurecer la gloria de nuestra nación, procuran – dicen Acosta– mostrar que este nuevo mundo fue conocido por los antiguos, y realmente no se puede negar que haya de esto algunos rastros” pero no un verdadero y probado conocimiento de su existencia (*Ibid.*: 20).

Refiriéndose Acosta a la opinión que tuvo Aristóteles de la posibilidad de existencia del Nuevo Mundo, señala que hubo otra razón, no sólo la inmensidad del océano, sino que los antiguos creían que era imposible el paso de los hombres debido al calor o ardor del sol que abraza toda la región que llamaron “tórrida” porque quemaba en exceso, y por lo tanto, no permitía el paso de los hombres “ni por mar ni por tierra”, es decir, le quitaron por este motivo la posibilidad de ser habitable por seres humanos. Textualmente manifiesta Acosta:

“...el calor de la región que llaman tórrida o quemada tan excesivo... negaron que pudiese habitarse del linaje humano la región que cae en medio, y se comprende entre los dos trópicos, que es la mayor de las cinco zonas o regiones en que los cosmógrafos y astrólogos parten el mundo...

De esta opinión fue Aristóteles, que, aunque tan gran filósofo, se engañó en esta parte...” (*Ibid.*: 16).

Y fue debido a la diferencia que hay en la tierra entre su longitud y latitud, es decir que los antiguos conocían la tierra en su longitud Oeste-Este, y no así en su latitud Norte-Sur. Sobre este particular, expresa Acosta:

“En esto se le debe perdonar a Aristóteles, pues en su tiempo no se había descubierto más de la Etiopía primera, que llaman exterior y cae junto a la Arabia y Africa; la otra Etiopía, interior, no la supieron en su tiempo ni tuvieron noticia de aquella inmensa tierra... y mucho menos toda la demás tierra que cae debajo de la equinoccial y va corriendo hasta pasar el trópico de Capricornio y para en el Cabo de Buena Esperanza, tan conocido y famoso por la navegación de los portugueses.” (*Ibid.*: 17)

En este caso no sólo se trata de recabar información geográfica sobre la cultura antigua, y agrega que es justo perdonar el error de Aristóteles, pues se debió a su confianza en la información de “historiadores y cosmógrafos de su tiempo” (*Loc. cit.*).

Por estas y otras informaciones señala Acosta que Aristóteles concluyó diciendo: “Forzoso hemos de conceder que el ábrego es aquel viento que sopla de la región que se abraza de calor, y la tal región, por tener tan cercano al sol, carece de aguas y de pastos” (*Ibid.*: 18).

Acosta va a reflexionar sobre “cuan flaca y corta sea la filosofía de los sabios de este siglo en las cosas divinas pues, aun en las humanas, donde tanto les parece que saben, a veces tan poco aciertan”, pues en lo que sigue Aristóteles escribió al revés de la verdad al sentir y afirmar sobre la “banda” del polo antártico y su latitud y longitud que:

“...la tierra que está a este polo del sur habitable es, según su longitud, grandísima que es de oriente a poniente, y que, según su latitud, que es desde el polo del sur hasta la equinoccial, es cortísima. Esto es tan al revés de la verdad, que cuasi toda la habitación que hay a esta banda del polo antártico es, según la latitud, quiero decir, del polo a la línea, y por la longitud, que es de oriente a poniente, es tan pequeña, que excede y sobrepuja la latitud a la longitud en este nuevo orbe, tanto como diez exceden a tres, y aún más” (*Loc. cit.*).

El otro error de Aristóteles consistió en afirmar:

“...ser del todo inhabitable la región media, que llaman tórrida zona, por el excesivo calor, causado de la vecindad del sol, y por esta causa carecer de aguas y pastos, esto todo pasa al revés. Porque la mayor parte de este nuevo mundo, y muy poblada de hombres y animales, está entre los dos trópicos en la misma tórrida zona; y de pastos y de agua es la región más abundante de cuantas tiene el mundo universo, y por la mayor parte es región muy templada...” (*Loc. cit.*).

Concluye Acosta, por su experiencia y conocimiento en la materia que:

“...la tórrida zona es habitable y se habita copiosamente, cuanto quiera que los antiguos lo tengan por imposible. Mas la otra zona o región, que cae entre la tórrida y la polar al sur, aunque por su sitio sea muy cómoda para la vida humana; pero son muy pocos los que habitan en ella, pues apenas se sabe de otra, sino del reino de Chile y un pedazo cerca del cabo de Buena Esperanza; lo demás tiénelo ocupado el mar océano.” (*Loc. cit.*)

Y agrega que considera “que hay mucha más tierra que no está descubierta, y que ésta ha de ser tierra firme opuesta o la tierra de Chile, que vaya corriendo al sur pasado el círculo o trópico de Capricornio. Y si la hay, sin duda es tierra de excelente condición, por estar en medio de los dos extremos y en el mismo puesto que lo mejor de Europa.” (*Loc. cit.*)

Con esta opinión nuestro autor demuestra la exactitud de sus inferencias, pues se esta refiriendo a la posible existencia de Australia, que fuera posteriormente encontrada.

El gran naturalista Plinio (¿ + 79), siguiendo el criterio de Aristóteles, dice:

“El temple de la región del medio del mundo, por donde anda de continuo el sol, y está abrasada como un fuego cercano, y toda quemada y como humeando. Junto a esta de en medio hay otras dos regiones de ambos lados, las cuales, por caer entre el ardor de ésta y el cruel frío de las otras dos extremas, son templadas. Mas estas dos templadas no se pueden comunicar entre sí por el excesivo ardor del cielo.” (*Ibid.:* 18-19)

Por eso celebrando la buena dicha de su siglo frente a los antiguos, Acosta va a destacar las dos grandes maravillas alcanzadas en él “navegarse el mar océano con gran facilidad y gozar los hombres en la tórrida zona del lindísimo temple, cosas que nunca los antiguos se pudieron persuadir.” (*Ibid.:* 19)

Otra temática frecuente en Acosta es la referida al origen y procedencia del linaje de los naturales del Nuevo Mundo. Examinaremos en lo que sigue la versión de su procedencia de la Isla Atlántida.

4. *LA ATLÁNTIDA*. Habiendo examinado Acosta la ignorancia de los antiguos en lo que respecta a la existencia del Nuevo Mundo, también insistirá en señalar que el linaje de los indios no pasó por la isla Atlántida, como algunos imaginaban en su tiempo. “No faltan algunos – expresa – que, siguiendo el parecer de Platón... dicen que fueron esas gentes de Europa o de Africa a aquella famosa isla y tan cantada Atlántida, y de ella pasaron a otras y otras islas, hasta llegar a la tierra firme de Indias.” (*Ibid.:* 35)

Relieva Acosta que se le debe a Platón la gloria de esa idea, pues él en tu Timeo escribe así:

“En aquel tiempo no se podía navegar aquel golfo (y va hablando del mar Atlántico, que es el que está en saliendo del estrecho de Gibraltar), porque tenía cerrado el paso a la boca de las columnas de Hércules, que vosotros soléis llamar (que es el mismo estrecho de Gibraltar), y era aquella isla que estaba entonces junto a la boca dicha, de tanta grandeza, que excede a toda la Africa y Asia juntas. De esta isla había paso entonces a otras islas para los que iban a ellas, y de las otras islas se iba a toda la tierra firme, que estaba frontero de ellas, cercada del verdadero mar.” (*Ibid.*: 21-22)

Los que están persuadidos, agrega Acosta, de que esta narración de Platón es historia, dicen que aquella isla grande llamada Atlantis, “ocupaba entonces la mayor parte del mar océano, llamado Atlántico, que ahora navegan los españoles, y que las otras islas que dice estaban cercanas a esta grande son las que hoy día llama islas de Barlovento, es, a saber, Cuba, Española, San Juan de Puerto Rico, Jamaica y otras de aquel paraje.” (*Ibid.*: 22) y que así fue como, de isla en isla, el linaje de los Atlantis habría llegado a poblar las Indias.

Se pregunta Acosta, esos autores curiosos que mencionan y explican a Platón con ingenio cierto y delicadeza, ¿con cuánta verdad y certeza lo hacen? (*Loc. cit.*).

Porque lo importante para Acosta es refutar a los que imaginan, siguiendo el mito platónico, que el linaje de los naturales de América, los indios, procede de la isla Atlántida y así sostiene que:

“Yo, por decir verdad, no tengo tanta reverencia a Platón, por más que le llamen divino, ni aun se me hace muy difícil de creer que pudo contar todo aquel cuento de la isla Atlántida por verdadera historia, y pudo ser con todo eso muy fina fábula, mayormente que refiere él haber aprendido aquella relación de Cricias, que, cuando muchachos, entre otros cantares y romances, cantaba aquel de la Atlántida.” (*Ibid.*: 35)

Considera Acosta que este enrevesado asunto de la Atlántida, sea que Platón la haya escrito por historia o por alegoría, para él lo que queda “llano” o claro es, que todo lo que él trata de aquella isla, sea en el Timeo o en el diálogo Cricias, “no se puede contar en veras, sino es a muchachos y viejas.” (*Ibid.*: 35-36)

Sigue analizando lo que escribió Platón de esta isla Atlántida y alude al fabuloso remate que pone el mismo Platón cuando en el Timeo explica la desaparición de la isla en tiempo

increíble: “En un día y una noche, viniendo un gran diluvio... la isla Atlántida anegada en la mar desapareció.” (*Ibid.*: 36). Y esto, agrega Acosta burlescamente:

“...siendo isla mayor que toda la Asia y Africa juntas, hecha por arte de encantamiento, fue bien que así desapareciese. Y es muy bueno que diga (Platón) que las ruinas y señales de esta tan grande isla se echan de ver debajo del mar, y los que lo han de echar de ver, que son los que navegan, no pueden navegar por allí. Pues añada donosamente: Por eso hasta el día de hoy ni se navega... porque la mucha lama que la isla después de anegada poco a poco crió, lo impide” (*Loc. cit.*).

Desbarata Acosta con estos irónicos comentarios, sobre su intempestiva desaparición, sus vestigios o restos debajo del mar y el impedimento que representaba para la navegación.

Luego, como veremos, pasa a explicar la procedencia de su denominación geográfica en Mauritania negando, finalmente, que la tal isla haya podido existir en la realidad.

Considera Acosta, en primer lugar, que es coherente Platón en su fantasía creativa al hacer desaparecer en un día y una noche la Atlántida, que era mayor que toda la África y Asia juntas. En segundo lugar, lo desmiente en cuanto manifiesta de que es imposible navegar por el Atlántico, pues se trata de un hecho probado, ya que es la ruta que atraviesan los barcos en su viaje hacia América y por lo tanto se ha podido constatar que no existen debajo del mar ni las ruinas ni la “muchísima lama” que la isla anegada depositó en el océano, no existieron por lo tanto, concluye Acosta, los impedimentos para navegar y cruzar el Atlántico.

No satisfecho Acosta con los argumentos sustentatorios que aduce Platón acerca de la existencia de la Atlántida, y menos aún con la suposición de que los Atlantis hubiesen usado el racimo de islas que la conformaban como ruta para llegar a las Indias y poblarla, después de sus acertados comentarios que procuran terminar con una disputa originada en un cuento hecho por pasatiempo, va Acosta, a exponer, dada la seriedad de Platón, su importante y sugestiva hipótesis acerca del motivo que lo llevó a escribir sobre su Atlántida. Para Acosta hay razón para considerar que lo que quiso hacer fue “significar, como en pintura, la prosperidad de una ciudad y su perdición tras ella” (*Ibid.*: 36), es decir, Platón, habría postulado una primera filosofía de la historia, referida al surgimiento, desarrollo, auge y decadencia de las culturas.

Deja Acosta para el final el argumento que dan para probar que realmente hubo isla Atlántida diciendo de que aquel mar en que estuvo situada hoy día se nombra por eso mar Atlántico. Este asunto para él es de poca importancia pues sabemos –explica– “que en la última

Mauritania* está el monte Atlante, del cual siente Plinio que se le puso al mar el nombre de Atlántico” y que frente a dicho monte está una isla, la cual es pequeña y muy ruin, llamada Atlántida (*Loc. cit.*).

Otra versión sobre la procedencia de los naturales de la legendaria Tarsis y Ofir es refutada, igualmente, por Acosta.

5. *LA LEGENDARIA TARSIS Y OFIR.* Algunos –dice Acosta- han creído que en las divinas escrituras Ofir signifique este nuestro Perú, y esto porque “no falta también a quien le parezca que en las sagradas letras hay mención de esta India occidental” (*Ibid.*: 22).

Acosta tiene parecer contrario y así lo dice: “Mas a mi parecer está muy lejos el Perú de ser el Ofir que la Escritura celebra... Ni aun me parece que lleva buen camino pensar que Salomón, dejada la India oriental riquísima, enviase sus flotas a esta última tierra” (*Loc. cit.*).

Concluye Acosta con un importante argumento contra las conjeturas diciendo: “en estas cosas, cuando no se traen indicios ciertos, sino conjeturas ligeras, no obligan a creerse más de lo que a cada uno le parece. Y si valen conjeturas y sospechas, las más son que en la divina Escritura los vocablos de Ofir y de Tarsis las más veces no significan algún determinado lugar, sino que su significación es general cerca de los hebreos, como en nuestro vulgar el vocablo de Indias es general...” (*Ibid.*: 23).

Hay versiones proféticas, como la de Abdías, que Acosta, igualmente, refutará con argumentaciones sobre el limitado conocimiento del mundo antiguo.

6. *SOBRE LA PROFECÍA DE ABDÍAS.* Sobre la profecía de Abdías, que algunos declaran se ha cumplido en estas Indias, pues –dice Acosta– “no falta quien diga y afirme que está profetizado en las divinas letras tanto antes, que este nuevo orbe había de ser convertido a Cristo, y esto por gente española.” (*Ibid.*: 25)

Para Acosta se trata más bien de una “disputa que toca a pericia de lenguas”, sin embargo, con toda razón, inquiere “¿qué obligación hay para entender por las ciudades de austro o de Nageb... las gentes del nuevo mundo? ¿Qué obligación también hay para entender la gente española, por la transmigración de Jerusalén en Sefarad?” (*Loc. cit.*).

* Antigua región del África Septentrional situada entre el Mediterráneo, el Atlántico y el desierto de Numidia.

Para Acosta no hay razón suficiente que de validez a la profecía de Abdías para interpretarla como una revelación divina de que sería España y sus gentes las predestinadas para encontrar América y realizar la conversión a Cristo en el Nuevo Mundo. En última instancia, piensa Acosta, que: “Quien quisiere declarar en esta forma la profecía de Abdías no debe ser reprobado... y parece cosa muy razonable que de un negocio tan grande como es el descubrimiento y conversión a la fe de Cristo del nuevo mundo, haya alguna mención en las sagradas Escrituras” (*Loc. cit.*).

Con este último comentario Acosta, hombre de profundas convicciones religiosas, al dismantelar la profecía de Abdías, no duda de que las Sagradas Escrituras contengan menciones proféticas pues “hay todavía gentes a quien Cristo no esté anunciado. Por tanto debemos colegir –concluye Acosta, con su sabiduría habitual– que a los antiguos les quedó gran parte por conocer, y que a nosotros hoy día nos está encubierta no pequeña parte del mundo.” (*Ibid.*: 26)

Examinaremos a continuación la refutación de Acosta a la opinión de que los naturales del Nuevo Mundo procedían del linaje de los judíos.

7. LOS INDIOS Y EL LINAJE DE LOS JUDÍOS. Lo restante del Libro I lo aprovecha Acosta para reafirmar que el linaje de los indios no pasó por la isla Atlántida e igualmente para refutar la falsa opinión de los que afirmaban que los indios venían del linaje de los judíos. Acosta comienza diciendo que:

“Ya que por la isla Atlántida no se abre camino para pasar los indios al nuevo mundo, pareceles a otros que debió de ser el camino el que escribe Esdras en el cuarto libro, donde dice así: Y porque le viste que recogía a sí otra muchedumbre pacífica, sabrás que éstos son los diez tribus que fueron llevados en cautiverio en tiempo del rey Osee, el cual llevó cautivo Salmanasar, rey de los Asirios y a éstos los pasó a la otra parte del río, y fueron trasladados a otra tierra. Ellos tuvieron entre sí acuerdo y determinación de dejar la multitud de los gentiles, y de pasarse a otra región más apartada, donde nunca habitó el género humano, para guardar siquiera allí su ley, la cual no habían guardado en su tierra. Entraron, pues, por unas entradas angostas del río Eufrates.” (*Ibid.*: 36)

El que se crea, que los indios procedan de linaje de judíos se debe a que el vulgo tiene a los indios “por indicio cierto el ser medroso y descaídos, y muy ceremoniáticos, y agudos y mentirosos”, además sostiene que su vestimenta, túnica o camiseta rodeada por manto (*tunicam*

et syndonem), el llevar los pies descalzos (*ojotas*), todo en suma los asemeja a los hebreos (*Ibid.*: 37).

Opina Acosta que “todas estas son conjeturas muy livianas, y que tienen mucha más contra sí, que por sí” (*Loc. cit.*).

Y, efectivamente, en su minucioso análisis enfocado desde las peculiaridades de ambas culturas y estableciendo sus rasgos diferenciales señalará que:

“...los hebreos usaron letras; en los indios no hay rastro de ellas: los otros eran muy amigos del dinero, esto no se les da cosa. Los indios, si se vieran no estar circuncidados no se tuvieran por judíos. Los indios poco ni mucho no se retajan, ni han dado jamás en esa ceremonia... Mas ¿qué tiene que ver, siendo los judíos tan amigos de conservar su lengua y antigüedad... que en solas las Indias a ellos no se les haya olvidado su linaje, su ley, sus ceremonias, su Mesías, finalmente todo su judaísmo?” (*Loc. cit.*).

Acosta también desbaratará la opinión vulgar sobre los indios diciendo: que en cuanto a que los indios sean medrosos, y supersticiosos, y agudos y mentirosos, esto no se puede generalizar, amigos de ceremonias y supersticiones, es natural que lo sean como pueblo gentil, el vestido es el más sencillo y natural del mundo, sin artificios, y es común a otras muchas naciones.

Por lo tanto, para Acosta, la historia de Esdras no ayuda sino contradice el intento de relacionar el linaje de los indios con el de los judíos. “En conclusión –dice– no veo que el Eufrates apócrifo de Esdras dé mejor paso a los hombres para el nuevo orbe, que le deba la Atlántida encantada y fabulosa de Platón.” (*Loc. cit.*)

No siendo los hombres del Nuevo Mundo descendientes de los Atlantis ni de los judíos ¿cómo llegaron al continente?

8. *ERRORES Y SUPERSTICIONES SOBRE LLEGADAS DE HOMBRES AL NUEVO MUNDO Y LA TEORÍA DE ACOSTA.* Luego de este marco analítico dedicado a refutar errores y suposiciones sobre el continente situado en la zona austral de la tierra, y de anteriores posibles llegadas de hombres se pregunta Acosta ¿de qué modo pudieron venir a Indias los primeros hombres?

Que este hecho se hubiese producido navegando intencionalmente a esta región es imposible, dice Acosta, pues los antiguos no conocieron la piedra imán –brújula– para navegar

y sin esa ayuda habría sido vano el intentarlo, es por lo tanto imposible considerar la posibilidad de que antiguamente se cruzara el Océano como lo habían logrado sus contemporáneos. Sin embargo, conviene Acosta en alguna forma con la hipótesis de que los primeros pobladores aportaron a las nuevas tierras echados occidentalmente, es decir, contra su voluntad, por tormentas.

Con todo lo expresado anteriormente, sin ocultar hipótesis que explicasen la importante cuestión de cómo habrían llegado los hombres a estas tierras desconocidas e ignoradas por los occidentales, va a concluir sosteniendo que es más conforme a buena razón pensar que vinieron por tierra los primeros pobladores de Indias, cuando pudo darse un punto de unión entre los continentes, y con ellos pasaron, igualmente, bestias y ganados a las tierras de Indias. Y esto señala: “aunque hasta el día presente no este descubierta la tierra, que añuda y junta estos dos mundos, o si hay mar en medio, es tan corto, que le pueden pasar a nado fieras y hombres en pobres barcos.” (*Ob. cit.*: 211)

Concluye Acosta en que el linaje de los hombres pasó “poco a poco, hasta llegar al nuevo orbe, ayudando a esto la continuidad o vecindad de las tierras... y esta ha sido la más principal y más verdadera razón de poblarse las Indias” y que esto sucedió no hace muchas millares de años siendo “los primeros que entraron en ellas... hombres salvajes y cazadores, que no gente de república y pulida... no teniendo más ley que un poco de luz natural...” (*Ob. cit.*: 37-38).

En verdad todo este gran marco de análisis, expuesto en sus refutaciones, de las cuales hemos tratado adelante, no son sino la preparación lógica adecuada para, finalmente, exponer su gran teoría sobre un punto de unión entre los continentes por donde se habría producido el paso de los hombres, hoy reconocido y ubicado por paleontólogos, antropólogos, etnólogos e historiadores, como el estrecho de Bering.

La proximidad o unión del antiguo y nuevo continente, no a través de la imaginaria Atlántida de Platón, sino por un lugar estrecho, pero lo suficientemente amplio, por donde pudiesen pasar hombres y animales, y su convicción acerca de que el Nuevo Orbe y el viejo, como dijo: “no están del todo divisos, sino que la una tierra y la otra se juntan y continúan, o a lo menos se avecinan y allegan mucho” se constituye en el más importante aporte científico que Acosta, desde el Perú envió a Occidente, pero también puede entenderse como un mensaje,

propio al humanismo reformista de Acosta*, de auténtica unidad física del globo la cual por analogía deberá conducir a la fraternidad y unión de todos los hombres que lo pueblan o habitan.

* Acosta declara como principal derecho humano la libre peregrinación por todas partes del mundo.